

de Orleans. Fué el Edipo de la familia de los Borbones. Hombre débil, pariente culpable, irrepreensible patriota, y suicida de su fama, realizó en él el dicho de Danton: «¡Perezca nuestra memoria y que la república se salve!» Cobarde si hizo aquel sacrificio á su popularidad, cruel si lo hizo á su opinion, odioso si lo hizo á su ambicion, él se ha llevado el secreto de su conducta política ante Dios. En la duda de sus motivos la historia puede dudar.

Hay en los movimientos de una revolucion una grandeza que se comunica á los caracteres, y que agranda alguna vez á las almas mas vulgares en proporcion de los acontecimientos de que participan. Los hombres ligeros y corrompidos al principio de la accion, se vuelven poco á poco serios adictos, y trágicos como el pensamiento que los envuelve y los eleva en su torbellino. El duque de Orleans, fué tal vez uno de estos hombres. Su vida desordenada al principio, manchada al medio y trágica al fin, empezó como un escándalo, prosiguió como una trama, y acabó como un acto de resignacion. Lo mismo que Bruto, su modelo y su error, quedará eternamente problemático á los ojos de la posteridad. Pero esta sacará esta gran leccion: y es, que cuando la opinion y la naturaleza luchan en el corazon de un ciudadano, es la naturaleza la que es necesario escuchar, porque la opinion se engaña con frecuencia y la naturaleza es infalible. Por otra parte, las faltas que se cometen contra la opinion, las perdona, el corazon humano, y algunas veces las admira: pero las faltas que se cometen contra la naturaleza, Dios las reprueba y los hombres no las perdonan jamás.



LIBRO CUARENTA Y NUEVE.

La república en el interior y en el exterior.—Carnot.—Situacion de los coaligados.—Muerte del general Dampierre.—Inglaterra.—Pitt.—Dunkerque sitiada por el ejército inglés.—Houchard, general en jefe del Norte.—Jourdan.—Hoche.—Levasseur y Delbrel, representantes del pueblo.—Batalla de Hondshoote.—Libertad de Dunkerque.—Houchard sentenciado y ejecutado.—Le reemplaza Jourdan.—Batalla de Wattignies.—El representante Duquesnoy.—Levantamiento del bloqueo de Maubenge.—El general Chancel muere en el cadalso.—Pichegru manda el ejército del Rin y Hoche el del Mosela.—Antecedentes de estos dos generales.—La Vendée.—Lyon y Tolon.—Descripcion de Lyon.—Su poblacion.—Sus costumbres.—Sus tendencias.—Chalier.—Su educacion.—Su juventud.—Asesinato de los prisioneros.—Turbulencias de Lyon.—Las secciones toman las armas.—Madinier.—Las secciones victoriosas.—Sentencia y ejecucion de Chalier.—Lyon pasa de la aristocracia á la rebelion.—Chasset y Biroteau se refugian en Lyon.—Comision popular.—Trabajos y preparativos de defensa.—Mr. de Precy nombrado comandante general por los lioneses.—Mrs. de Chanelette y de Virieu.—La Convencion encarga á Kellermann el bloqueo de Lyon.—Sifio y bombardeo de esta ciudad.—Defensa desesperada de los lioneses.—Doppet reemplaza á Kellermann.—Lyon reducido al último apuro.—Retirada de los sitiadores.—Derrota de la columna mandada por Mr. de Virieu.—Desaparicion de este.—Se divide la columna de Mr. de Precy.—Es diezmada y destruida.—Mr. de Precy fugitivo consigue refugiarse en Suiza.

I.

La república ganaba en los campos de batalla el terreno que perdía en los cadalsos con semejantes acontecimientos. A medida que era mas terrible en el interior, era mas formidable en el exterior. Sus fronteras

atacadas en el Norte, le inspiraban mas patriotismo que espanto. Todas las medidas para el levantamiento en masa y armamento general se ejecutaban con orden y prontitud. Carnot, á quien con razon llamaban el *Louvois* del Terror, tenia su cuartel general en la comision de salud pública. Carnot, desde la muerte de Custine, era el verdadero generalísimo de los ejércitos de la república. Estos ejércitos esparcidos, prisioneros en los campamentos, fortificados detrás de las líneas de retrincheramiento, sin confianza en sus gefes, sin cohesion entre sí mismos, sin otra táctica que una resistencia pasiva, empezaban á adquirir de nuevo, con su union, la fuerza y la movilidad que dan la victoria. El genio de la revolucion revelado á Carnot y á sus colegas de la comision por los mismos apuros de la patria, inventaba la guerra moderna, es decir, la guerra popular. Hasta entonces la guerra habia sido un arte, y las campañas evolucionaban sabias en que la habilidad de los generales consumia el tiempo en maniobras estratégicas y en la toma de algunas plazas. Carnot lo convirtió en un instinto. Desdeñó aquellas pueriles tácticas, y las cambió en una táctica soberana. Esta táctica consistia en llevar á un pueblo sobre la frontera, á marchar recto y pronto, á herir en el corazon, á descuidar los pequeños lances y la pérdida de algunos pueblos en cambio de grandes resultados, y á escitar el entusiasmo por la disciplina y dar la victoria por santo á los ejércitos y á los generales. Este sistema no tardó en afirmar nuestros batallones y en concertar á nuestros enemigos.

II.

Nunca la debilidad de los coaligados apareció mayor que en las campañas que se siguieron á la de 1792. Los

gabinetes y los generales de Europa parecia que ignoraban el precio de dos cosas que los hombres de guerra deben disputarse ante todo: el tiempo y el movimiento. Se ha visto con cuanta lentitud el Austria, la Prusia y el Imperio habian formado sus contingentes armados en 1794, y con qué dudas, mas semejantes á traiciones que á la prudencia, el generalísimo duque de Brunswick habia abordado el territorio y explorado el ejército de Dumouriez. Si el duque de Brunswick, y despues de él el príncipe de Coburgo, hubiesen tenido por instruccion secreta ejercer y aguerrir poco á poco al ejército francés en maniobras y escaramuzas que lo hiciesen capaz de vencerlos un día, no hubieran seguido otro sistema. En lugar de sorprender á la Francia desarmada y dividida, de marchar en columnas de ciento ó doscientos mil hombres sobre París, por uno de esos numerosos boquetes que la naturaleza ha abierto en nuestras fronteras en los valles del Rhin, ó por las llanuras del Norte, estos generales habian empleado diez y ocho meses en consejos de guerra, en armamentos insuficientes y en timidas probaturas, no oponiendo casi nunca á nuestros batallones sino batallones en número igual ó inferior, y no avanzando sino para replegarse, como si la Francia hubiese sido un terreno ardiente que debia quemar los pies de sus soldados y de sus caballos. El genio de la libertad debia tales enemigos á la revolucion. Unos aliados secretos no le hubieran sido mas útiles.

La debilidad de los gabinetes no contribuyó menos que la falta de genio de los generales para hacer ganar tiempo á la Francia. Ningun concierto formal existia entre ellos: ninguna de las potencias queria ayudar demasiado á la otra á vencer. Todas temian la victoria, tanto y acaso mas que la derrota, limitándose solo á guardar el decoro de la guerra contra nosotros, á defender sus territorios y amenazar aquí ó allá algunas de nuestras plazas, ó combatir una á una por ejércitos aislados y nunca

reunidos; dejando á Dumouriez volar con sus mejores batallones, de la Champaña libertada á la Bélgica conquistada, viendo caer al trono, juzgar al rey, surgir la república, inmolarse á la reina, estallar las esplosiones de París hasta en sus tronos sin reunirse por el peligro común. ¿Y por qué esta diferencia entre la coalición y la Francia? Porque el entusiasmo levantaba á la Francia y el egoísmo encadenaba á los miembros lánguidos de la coalición. La Francia se levantó, combatió y murió por el principio de libertad cuya santidad conocía en su causa, y de la cual quería ser el apóstol y el mártir.

Si la coalición sacrificándose por el principio de la monarquía, con el sentimiento desinteresado de pueblos y de gabinetes que defienden otro orden social, hubiese puesto su causa general por cima de sus intereses de corte, la lucha hubiera sido mas terrible y puede ser que la causa de la monarquía hubiera triunfado. Pero el interés general de los tronos no era, en el lenguaje oficial de la coalición, sino una palabra que ocultaba las rivalidades en Alemania y las ambiciones territoriales en Francia y Polonia. Cada una de las potencias impulsaba ó retenía á la otra por sus miras particulares y con frecuencia pérdidas. Todas tenían otro objeto que sofocar, la revolución de París. De aquí la incoherencia, los miramientos, las demostraciones sin efecto, las retiradas sin motivo, las marchas sin objeto, los combates personales, y en fin, la vergüenza común. No es dado al egoísmo producir milagros de abnegación. Las ambiciones hacen á los soldados: solo los principios hacen á los héroes.

III.

La Polonia destrozada por sus últimas disensiones, tocaba á una segunda partición; la Rusia, la Prusia y el

Austria mas atentas á la Polonia que á la Francia, se miraban mutuamente sin cesar, para impedir que una de estas tres potencias se apoderase sola de la presa mientras se distraían las otras. La Rusia, so pretesto de observar á los turcos y de ahogar la revolución en la Polonia Meridional, no envió su contingente á la coalición, limitándose á tener una escuadra en el Báltico para impedir que los neutrales llevasen socorros de viveres y hierro á los puertos franceses. La política de la corte de Viena estaba amortiguada por el baron de Thugut, recientemente nombrado primer ministro.

El baron de Thugut, hijo de un banquero de Lintz, señalado por sus facultades precoces por María Teresa, educado por ella en la diplomacia, largo tiempo empleado en negociaciones secretas en Constantinopla, en Varsovia, y en Petersburgo, habia residido en París durante las tempestades de la revolución. Probó los principios, conoció á los autores y pasaba por haber respirado en aquel foco político los miasmas contagiosos de la filosofía y de la libertad. Thugut que estaba afiliado en las sociedades secretas, como el duque de Brunswick, no quería extinguir, pero si moderar el fuego de la revolución que en la Francia germinaba para el mundo. De acuerdo en esto con José II, aquel emperador filósofo, habia pasado del servicio de este príncipe al del Francisco II, príncipe anti-revolucionario.

Thugut, para adular al novel emperador habia aconsejado la guerra á la Francia, pero habia hecho nombrar para dirigirla al príncipe de Coburgo, del todo sumiso á su oculta dirección. Thugut contenía la guerra, al mismo tiempo de declararla.

Desde la batalla de Nerwinde, el gabinete de Viena y el príncipe de Coburgo se ocupaban en afirmar la dominación austriaca en Bélgica mas que en proseguir sus victorias contra la Francia. Dampierre habia sucedido á Dumouriez. Habiendo recibido la orden de la Convención para

atacar al ejército austriaco acampado entre Maubeuge y Saint-Amand, Dampierre obedeció sin esperanza y marchó contra el enemigo cubierto por bosques, talas y reductos. Cinco veces nuestras columnas de ataque retrocedieron en desorden delante de Clairfayt, el más enérgico de los generales de Coburgo. Al sexto ataque, Dampierre, puesto á la cabeza de un destacamento de preferencia se lanzó á caballo sobre un reducto. «¿A dónde vais, padre mio? le gritó su hijo que le servía de ayudante de campo, vais á una muerte inútil y segura.— Sí, amigo mio, le respondió su padre, pero prefiero morir en el campo del honor á caer bajo la cuchilla de la guillotina.» Apenas el general había proferido estas palabras cuando una bala de cañon le llevó la pierna y lo arrojó moribundo sobre la arena.

IV.

El príncipe de Coburgo, estimulado en vano por Clairfayt y por el duque de Yorek que mandaba el ejército anglo-hanoveriano combinado, no persiguió al ejército francés, y lo dejó tomar tranquilamente la fuerte posición del campo de César. En dos días los coaligados hubieran podido acampar sobre la altura de Montmartre. El Austria no quería ni vencer demasiado ni ser demasiado vencida; la Prusia lo quería menos aun. Únicamente ocupada en rebajar en Alemania la influencia del Austria, en roer al imperio por un lado, en asimilarse la Polonia por otro, el gabinete de Berlín seguía la misma política que le había hecho lanzarse tímidamente y retirar con vergüenza sus ejércitos de Champagne el año precedente. El duque de Brunswick, siempre á la cabeza de las fuerzas prusianas se había contentado con volver á tomar á Maguncia.

Imponente, numeroso, pero casi inmóvil, el ejército prusiano estaba en observacion mas que en campaña.

El rey de Prusia, con los ojos vueltos hácia la Polonia estaba en su campo. Lord Beauchamps, negociador inglés fué de Londres para poner un término á la indecision de este príncipe y hacerle firmar un tratado de alianza con la Inglaterra. Las dos potencias se garantizaban respectivamente sus Estados contra la Francia.

Entre tanto el príncipe de Coburgo habiendo tomado á Condé y declarado que lo ocupaba por el emperador y por derecho de conquista, el gabinete prusiano se indignó de ser engañado por los designios ambiciosos del Austria y de la Inglaterra, y meditó nuevas defecciones. Algunas palabras de inteligencia y algunas combinaciones de paz mediaron mas de una vez entre los generales franceses Biron y Custine y el agente confidencial del rey de Prusia, el hábil é insinuante Luchesini. Se combatía como pueblos que debían reconciliarse bien pronto.

De repente el rey de Prusia partió inopinadamente para la Polonia. La Inglaterra sola se obstinó en luchar á muerte contra la Francia. Para esto tenía dos motivos: uno material y el otro moral. Rival de la Francia en los mares, en las colonias y en las Indias Orientales, disputando á los navios franceses la navegacion y el comercio marítimo; la destruccion de la marina francesa y la ocupacion de nuestros puertos en el Mediterráneo ó en la Mancha eran para ella una ambicion muy natural y un rico despojo de la guerra para que no lo ambicionase. Por otro lado, aunque las teorías liberales establecen en los espíritus pensativos de los dos pueblos una especie de fraternidad y solidaridad: no obstante, como la libertad inglesa es toda aristocrática y como la libertad francesa se anunciase una vez mas como enteramente democrática, el instinto de la aristocracia británica se indignaba y se espantaba del ejemplo de una democracia victoriosa que quería pasar sin aristócratas, así como sin

reyes. Esta democracia británica se reconocía atacada en su principio. Al principio indiferente á la caída del trono y á las humillaciones del rey, la república le era odiosa desde que la Francia pretendía coronar la soberanía del pueblo. Las doctrinas de los jacobinos les parecían blasfemias contra las instituciones hereditarias de la Gran Bretaña. El triunfo de aquellas doctrinas en París y sobre el continente era á sus ojos la subversion de toda sociedad conocida.

La Inglaterra inspiraba sus terrores y su aborrecimiento á toda Europa, formando del mundo un cordon sanitario alrededor de aquel foco de igualdad. Anudaba y deshacia continuamente la madeja siempre floja y con frecuencia rota de la coalicion. Mr. Pitt que fué para su país el genio personificado de la aristocracia, era allí omnipotente porque era el primero que habia comprendido sus peligros. En vano la oposicion mas declamatoria que sólida de Mr. Fox y de sus amigos persistia en consurar la guerra y en disputar los subsidios. La opinion británica abandonaba á aquellos amigos obstinados de la revolucion francesa, desde que esta revolucion mataba á sus reyes y á sus reinas y proscribía á sus primeros ciudadanos. Robespierre desacreditaba á Fox. La guerra contra la Francia perdía á los ojos de los ingleses el carácter de guerra de ambicion ó de guerra política y se convertía en guerra social. Mr. Pitt lo obtenia todo porque pasaba por querer salvarlo todo.

V.

La red de las alianzas contra-revolucionarias de monsieur Pitt se estendia ya á todo el continente. Este ministro tenia por aliados á la España, arrancada al pacto de familia por el destronamiento de los Borbones de

Francia; á la Rusia y á la Holanda, que la respondian de Suecia y Dinamarca; la Prusia empeñada por el tratado del 10 de julio último; el Austria, el Imperio y la mayor parte de los principes independientes de Alemania, Nápoles, Venecia y la Turquía, en fin, que habia rehusado á instancia suya recibir al embajador francés Semonville. Los mismos cantones suizos, y sobre todo Berna y los pequeños cantones trabajados por sus agentes ó irritados por los asesinatos de los desgraciados hijos de la Suiza el 10 de agosto y el 2 de setiembre, hacian detener á los enviados franceses Maret y Semonville sobre el Lago Mayor y los entregaban al Austria que los encerró en sus casamatas. Asi, á pesar de las envidias anteriores de la coalicion y del antagonismo secreto de las tres principales potencias que la componian, la Inglaterra consiguió tenerla en batalla mas que en campaña sobre el Mosela y el Rhin, pagando los esfuerzos que le arrancaba contra nosotros.

El duque de York, hijo del rey, principe valiente, y militar instruido, mandaba en la estremidad de la linea del principe de Coburgo, un ejército anglo hanoveriano mezclado con algunos cuerpos austriacos y heseses. El duque de York se impacientaba al ver la lentitud y la timidez del generalísimo. El único ejército que podia defender aun á la Convencion estaba campado en Arrás. El paso del Somme podia solo detener un momento á los doscientos mil combatientes que el principe de Coburgo podia llevar sobre Paris. Los plenipotenciarios enviados de Viena y de Berlin á Londres deliberaron allí con Mr. Pitt y el gabinete inglés sobre el plan de campaña. En lugar de concentrar las fuerzas de la coalicion y marchar en masa sobre el Somme, se tomó un partido mas conforme al espíritu de division y de incertidumbre que neutralizaba á los gabinetes y que impedia los grandes resultados.

Mr. Pitt para quien las disposiciones de las córtes

eran muy conocidas y que no esperaba ningun esfuerzo energético y sincero, quiso al menos asegurar á la Inglaterra un punto á la vez marítimo y terrestre sobre el suelo francés. Se resolvió sitiar á Dunkerque.

El almirante Maxbridge tuvo orden para hacer preparar una escuadra para batir la plaza mientras que el duque de York la atacaria por tierra. El ejército anglo-hanoveriano avanzó por Furnes y se dividió en dos cuerpos, de los cuales el uno al mando del duque de York sitió la plaza, y el otro á las órdenes del mariscal Freytag, ocupó la pequeña ciudad de Hondschoote y cubrió así el ejército sitiador. Estos dos ejércitos contaban al menos treinta y seis mil combatientes. Estaban tambien en comunicacion con el ejército del príncipe de Coburgo por el cuerpo de ejército del príncipe de Orange, que constaba de diez y seis mil hombres.

VI.

El general Houchard, que mandaba en gefe el ejército francés del Norte, recibió orden de Carnot para libertar á Dunkerque á toda costa. Esta plaza, incapaz de resistir por mucho tiempo, hacia prodigios de patriotismo y de valor para librarse de la humillacion de tener que rendirse á los ingleses. Jourdan, comandante de batallon pocos dias antes y á la sazón general por inspiracion de Carnot, mandaba un cuerpo de diez mil hombres campados en las alturas de Cassel, á cinco leguas de Dunkerque. Informado de los proyectos del enemigo sobre esta ciudad se habia apresurado á ir á ella, dirigió las disposiciones para la defensa y al regresar á su division de Cassel habia dejado el mando de Dunkerque al general Souham.

Un oficial cuyo nombre no debia tardar mucho tiem-

po en resonar en nuestras guerras llamado Lázaro Hoche acompañaba al general Souham en los cuidados de la defensa. Este jóven militar se señaló al golpe de vista de Carnot por un ardor y una inteligencia que son los albores de los grandes hombres.

Carnot destacó quince mil de los mejores soldados del ejército del Rhin y los envió el general en gefe del ejército del Norte para dar mas fuerza á los reclutas que componian la masa de este ejército. Carnot fué en persona á llevar á Houchard el ejército y el plan de las operaciones difíciles de que la comision de salud pública le encargó.

Houchard avanzó á la cabeza de cuarenta mil hombres contra la linea de los ingleses. Pasando por Cassel reunió los diez mil hombres de Jourdan, y marchó sobre Hondschoote. El duque de York y el mariscal Freytag se habian fortificado en esta posicion. Su flanco derecho se apoyaba sobre Furnes, y su centro en los molinos, reductos, tapias y paredes aspilleras con que habia erizado á Hondschoote. Estaban de este modo apoyados en el inmenso pantano de Moers, que se estiende entre Hondschoote y el mar. Algunos caminos fáciles de cortar, aseguraban su retirada ó sus comunicaciones con el cuerpo que estaba sobre Dunkerque, siendo casi imposible que el enemigo los atacase en esta posicion.

El duque de York, Freytag y Walmoden, descansaban con entera seguridad en la fuerza de esta posicion y en el número de sus tropas, pero no dejaban por eso de acusar la lentitud del almirante Maxbridge en ejecutar las órdenes de Mr. Pitt y conducir delante de Dunkerque la escuadra que debia secundar á los sitiadores. Esta escuadra no se divisaba en el mar. Una escuadrilla de chalupas cañoneras francesas, ancladas en la gran rada de Dunkerque, surcaba continuamente con sus proyectiles, las dunas de arena en donde acampaba el ejército inglés.

El 6 de agosto, los puestos avanzados de los dos ejércitos se encontraron en Rexpoede, pueblo grande entre Cassel y Hondshoote. Jourdan, dispersando todo lo que encontraba delante, había barrido el camino y las aldeas hasta allí, y había hecho alto para pasar la noche. Tres batallones ocupaban el pueblo: el cuerpo principal de Jourdan acampaba en retaguardia, y la caballería vivaqueaba en las praderas y en los jardines. A la caída del día, el general Freytag y el príncipe Adolfo, uno de los hijos del rey de Inglaterra, que precedían á corta distancia á sus tropas, cayeron en uno de estos vivaes, y fueron hechos prisioneros por los franceses. Walmoden ocupaba Wormouth. Sabiendo la presencia de los franceses en Rexpoede, dejó á media noche su posición, cayó sobre este pueblo, dispersó la vanguardia de los tres batallones, libertó á Freytag y el príncipe Adolfo, y faltó poco para que cogiese al general Houchard y á los dos representantes del pueblo Delbrel y Levasseur, que acababan de llegar y estaban cenando en aquel pueblo. Jourdan, corrió al estruendo del fuego, no pudo salvar mas que á su general en jefe y á los representantes. Los tres batallones empeñados en el pueblo, se desbandaron y fueron recogidos por el general Collaud que vivaqueaba en Ost Capelle. Jourdan, despues de inútiles esfuerzos para entrar en Rexpoede, volvió en la misma noche á reunirse con Houchard y los representantes en Rembek. Su caballo acribillado de balazos, murió debajo de él á las puertas del pueblo. Walmoden, despues de este dichoso encuentro, replegó su division sobre Hondshoote y reanimó con su relacion la confianza del ejército inglés.

El 7, Houchard agrupó sus fuerzas, reconoció de mas cerca el pueblo y las avanzadas de Hondshoote.

Un exceso de prudencia le indujo á destacar una de sus divisiones para observar á los ingleses acampados cerca de Dunkerque. Con esta medida se debilitó y diseminó. Todos aquellos generales envejecidos en las rutinas, olvidaban que una victoria se lo dá todo al vencedor. El 8 atacó.

Freytag, herido el día anterior en Rexpoede, no podía montar á caballo, Walmoden mandaba, y había desplegado su ejército en las praderas que están delante de Hondshoote. En los franceses, Collaud mandaba la derecha, Jourdan la izquierda, Houchard el centro, y Vandamme la vanguardia. Un reducto con once piezas, cubria el pueblo y batía á la vez los dos caminos de Bergues y de Blenheim: otro reducto barria tambien el camino de Wareni. Las avenidas de estos reductos estaban inundadas, y era necesario para tomarlos marchar con el agua á la cintura, espuestos por diez minutos al fuego de las piezas y de los batallones cubiertos con parapetos. Houchard, que no economizaba sus tropas, empleó el fuego y perdió el día en ataques vivos, pero lentos, que no permitian á un cuerpo de su ejército adelantarse á otro, y que no comprometiendo nada lo perdia todo.

El representante del pueblo, Levasseur, militar ignorante, pero patriota intrépido, no cesaba de reprender al general, de pedirle cuenta de cada una de sus órdenes, de amenazarle con destituirlo, si no obtemperaba á sus observaciones. Puesto á caballo á la cabeza de las columnas, corriendo de la izquierda á la derecha, Levasseur, adornado en la banda tricolor y el penacho ondulando en su sombrero, hacia avergonzar á los soldados y temblar á los generales, mostrándoles á Hondshoote delante y la guillotina detrás. La Convencion había decretado la victoria, la patria queria salvar á Dunkerque, Levasseur no admitía discusion, ni aun con el fuego.

En el momento en que arengaba desde lo alto de un cerro á una columna que titubeaba, comprometida y

batida en el camino hondo de Kellem, una bala de cañón atravesó su caballo. Levasseur cayó, se volvió á levantar, se hizo traer otro caballo y notó que el batallón se había detenido. «¡Seguid marchando! exclamó, yo estaré en el reducto antes que vosotros,» y se puso otra vez á su cabeza.

Encontró á Jourdan herido, desangrándose é indignado por la indecision del general en jefe. «¿Qué vamos á hacer con semejante jefe? exclamó Jourdan, hay dos veces mas gente para defender á Hondschoote que tenemos nosotros para atacarle. — Jourdan, le dijo Levasseur, sois militar, decidme lo que hay que hacer, y se hará. — Una sola cosa, dijo Jourdan, y podremos vencer aun, cesar el fuego que nos diezma sin debilitar al enemigo, tocar á ataque en toda la linea, y marchar á la bayoneta.»

VIII.

Levasseur y Delbrel sancionaron con sus órdenes la inspiracion de Jourdan. Este, restañando su sangre se lanzó delante de sus columnas. Un silencio mas terrible que el fuego, reinaba en toda la linea francesa, que avanzó como una barra de acero sobre los atrincheramientos ingleses. Cuatro mil, entre soldados y oficiales, quedaron heridos ó muertos en los caminos hondos, al pie de las tapias y de los molinos de viento fortificados que rodeaban los reductos. Estos mismos atacados de frente, cesaron en sus disparos, cuando se derramó la última gota de la sangre de los artilleros que los servian. Collaud, Jourdan y Houchard, hicieron avanzar la artillería y los obuses á la entrada de las calles, cuyos retrincheramientos arrasaban los proyectiles. Los hanoverianos y los ingleses se replegaron en buen orden, defendiendo aun en su retirada la plaza, la iglesia y la

casa del ayuntamiento, acribilladas á balazos. El antiguo castillo de Hondschoote, habitado por los generales enemigos, y testigo muchos dias habia de las fiestas del estado mayor inglés y hanoveriano, fué incendiado por las granadas. Este edificio enterró bajo sus techos, bajo los trozos de pared derribados y en los fosos, centenares de cadáveres, entre los cuales quedó el del general Cochenhausen, que habia muerto en el combate.

Acometido y acosado por todas partes excepto por el lado de la Bélgica, Walmoden se retiró con los restos de su ejército sobre Furnes. El duque de York, que habia presenciado y combatido personalmente en Hondschoote, se trasladó al galope por medio del pantano de Moers, á su campo de Dunkerque para levantar el sitio. Houchard, á pesar de las observaciones de Jourdan y de los representantes que le suplicaban acabase la victoria y recogiese el fruto de ella, persiguiendo á los hanoverianos sobre el camino de Furnes, cortando de este modo en dos el ejército enemigo, se detuvo dos dias en Hondschoote. Esta maniobra tan sencilla como fácil, hubiera encerrado al ejército sitiador del duque de York, entre las murallas de Dunkerque y los cuarenta mil hombres victoriosos de Houchard. Ningun inglés se hubiera escapado, y la mar hubiera quedado por los franceses. Hoche y una valiente guarnicion quedaban en Dunkerque, y las dunas de esta plaza con solo hacer una marcha de dos horas hubieran sido las horecas caudinas de la Inglaterra. El general no vió ó no conoció lo propicia que le habia sido la fortuna; dejó al ejército del duque de York que desfilase en paz, á lo largo del mar por una lengua de arena que une á Dunkerque con Furnes, y que fuese á reunirse á Bélgica al cuerpo de Walmoden y del príncipe de Orange. Houchard vencedor, se condujo como vencido y se volvió á Menin en medio de las murmuraciones del ejército.

La noticia de la victoria de Hondschoote colmó de alegría á París; pero el pueblo fué cruel aun en medio de su júbilo. La Convencion echó en cara al general vencedor su misma victoria y le acusó de traicion. Sus comisionados en el ejército del Norte, Hentz, Peyssard y Duquesnoy, destituyeron á Houcharard y lo hicieron comparecer ante el tribunal revolucionario. «Houcharard es culpable, decian á la Convencion, por haber vencido á medias: el ejército es republicano y verá con placer que se entregue un traidor á la justicia y que los representantes del pueblo vigilan á los generales.»

El desgraciado Houcharard fué condenado á muerte y sufrió su suplicio con la intrepidez de un soldado y la calma de un inocente. No era culpable sino de vejez. Su muerte enseñó á los generales de la república que ni la victoria libertaba del cadalso, y que no habia seguridad sino en la completa obediencia á las órdenes de los representantes del pueblo. En una guerra estrema y en la cual combate la nacion entera, el pueblo es quien manda y sus representantes son los verdaderos generales.

Las operaciones militares sobre nuestras fronteras hasta el mes de enero de 1794 se limitaron á la ocupacion de la Saboya por Kellermann, á la del condado de Niza por Biron, estos dos generales lucharon en acciones brillantes, pero parciales contra el ejército austro-sardo, fuerte de ochenta mil hombres y contra inespugnables murallas naturales; á una campaña desgraciada para los franceses en los Pirineos contra el general Ricardos, pero en donde el anciano general francés Dagoberto, de edad de setenta y cinco años, se cubrió de gloria y reparó veinte veces los descalabros que la insuficiencia del número y los azares de la guerra de montaña hicieron sufrir á

nuestro ejército: y finalmente, á las maniobras de Houcharard y de Jourdan su sucesor para cubrir á Maubeuge, objeto combinado de las operaciones de los coaligados, á quienes aquel punto abria las avenidas de París.

Defendida Maubeuge por una fuerte guarnicion y por un campo atrincherado de veinte y cinco mil hombres, era dieznada por el hambre y por enfermedades epidémicas. Ciento veinte mil hombres la cercaban. El anciano general Ferrand mandaba el campo y el general Chancel la plaza. Su intrepidez no podia nada contra el hambre, contra las enfermedades y contra la falta de municiones que un largo sitio habia apurado. El patriotismo de los generales, de los soldados y de los habitantes, solo servia para disputar algunas horas mas esta punta de la Francia, cuando Jourdan y Carnot anunciaron su proximidad por el estampido del cañon. Ochenta mil hombres del príncipe de Coburgo retrincherados como habia hecho en otro tiempo Dumouriez en el Argonne, en una posicion cuyo centro es Wattignies, esperaban á los franceses. Estos los atacaron en cinco columnas el 15 de noviembre á las diez de la mañana. Nuestros soldados titubeaban y aun retrocedian en muchos puntos. Carnot que estaba presente, combate y acusa de cobardía á Jourdan. Esta palabra odiosa, llega á oidos del general y le hace indignarse hasta la demencia. Al oirla, se lanza á muerte cierta, con una de sus divisiones para escalar una meseta inaccesible, bajo el fuego de las baterías de Clairfayt. Su columna fué barrida por la metralla, pero el siguió adelante casi solo. Carnot le consoló reconociendo su injusticia y su error, y lo dejó en libertad de ejecutar su primer plan. Jourdan entonces, formó su centro de ataque con una masa de veinte y cinco mil hombres. Los batallones franceses, encerrando dentro de sus cuadros baterías volantes, abriéndose para hacer sus disparos y cerrándose para cubrirlos, construyeron así una ciudadela movable con ellos en la cima de la meseta. Todo fué

barrido por esta formidable columna. Algunas masas de caballería imperial hicieron inútiles esfuerzos para arrollar las cabezas de las otras columnas. Solo una, la del general Gratien, se dejó desbaratar y se desbandó. El representante Duquesnoy que se encontraba allí, destituyó á Gratien, tomó el mando en nombre de la patria, reunió á los soldados y los condujo á las victorias. Wattignies fué tomado y los austriacos huyeron ó quedaron muertos en el campo. Desde lo alto de este, Carnot y Jourdan divisaron á Maubeuge y oyeron los disparos de aquella plaza, que respondía con salvas de alegría á las descargas de sus libertadores.

La batalla de Wattignies, primera ventaja obtenida por un general cuyo genio había adivinado Carnot, hubiera sido mas decisiva si los veinte y cinco mil hombres del campo de Maubeuge, al mando del general Ferrand, hubieran cooperado á la acción ó impedido al príncipe de Coburgo y á Clairfayt que repasasen el Sambre. Los soldados de la guarnición y los del campo, con el instinto que les dan las acciones, pidieron que se ejecutase esta maniobra. Chancel que mandaba en Maubeuge, también opinaba del mismo modo. La falta de órdenes para hacerlo y la escasa prudencia de Ferrand, no le permitieron acceder á aquellos deseos. La Convención, sin embargo, necesitaba una víctima y el inocente Chancel, subió al cadalso.

X.

En el ejército del Rin, el carácter desconfiado de los representantes del pueblo, acababa de reemplazar en el mando á Custine por Beauharnais, á éste por Landremont, á Landremont por Carlen, simple capitán un mes antes, y á éste, en fin, por Pichegru. Este ejército fuerte de cuarenta mil hombres, defendía la entrada de la

Alsacia en las líneas fortificadas de Wissembourg. Wurmser, el mas afortunado, aunque el mas anciano de los generales del Imperio, sorprendió estas líneas y las tomó por la impericia de Carlen. Este general amenazado por otro flanco por el duque de Brunswick, se había retirado hasta las alturas de Saverne y de Estrasburgo. Wurmser, alsacio de nación, entró triunfante en Haguenau, su patria. El terror había pervertido hasta la traición, el espíritu de una parte de la población de Estrasburgo; verdadero baluarte del patriotismo, y se habían entablado sorpresas negociaciones para entregar la plaza entre Wurmser y las principales familias de la ciudad. La única condición que se ponía, era que el general austriaco ocupase la plaza en nombre de Luis XVIII. Descubierta á tiempo este complot, setenta vecinos de Estrasburgo subieron á la guillotina, unos convictos de conato de traición, otros de simple realismo. El fuerte Vauban fué tomado por los austriacos, y Landau iba ya á caer. Saint-Just y Lebas fueron enviados á la Alsacia para intimidar á la traición ó á la debilidad con la muerte. Pichegru y Hoche llegaron al mismo tiempo, uno para tomar el mando del ejército del Rin, y el otro para tomar á los veinte y cinco años el del ejército del Mosela. La esperanza entró con ellos en los campos, mientras que el terror entraba con Saint-Just en las ciudades. «Vamos á ser mandados como los franceses deben serlo, escribían del ejército despues de haber sido revistado por los dos generales. Pichegru tiene la gravedad del genio. Hoche es jóven como la revolución, y robusto como el pueblo. Su mirada es orgullosa y alliva como la del aguila.» Estos dos nuevos gefes debían justificar el entusiasmo del ejército. Pichegru había sido sustituto de una cátedra de matemáticas en el monasterio de Arbois, pueblo de su naturaleza, despues se alistó como simple soldado en la guerra de América, y vuelto á su patria al principio de la revolución, había presidido el club de Besançon. Un batallón

sin comandante, que pasaba por esta ciudad, en 1791, le sacó del club para que se pusiese á su cabeza. En dos años, su energía, sus luces y el imperio que tenia sobre los hombres, le habian elevado al grado de general de division. Robespierre y Collot de Herbois lo protegieron, viendo en él uno de esos gefes que convienen á la república, salidos de la oscuridad, modestos, llenos de genio, pero sin brillantez; capaces de servir pero incapaces de ofuscar. «¡Juro, les escribió Pichegru cuando tomó el mando, que haré que triunfe la Montaña!» No debía tardar mucho en dar cumplimiento á su promesa y en engañarles; en cubrir de gloria y en vender la república; hombre á quien su elevacion rápida y el sentimiento de su genio, hicieron soñar en una dictadura quimérica, sobre los restos de la república y del trono; fatal á los dos partidos, y sobre todo á sí mismo. Hoche, jóven hermoso y de aspecto marcial, héroe antiguo por su presencia, por su estatura y por su brazo; moderno, por el estudio, por la lectura y por la meditacion; prendas todas que hacen conocer al que las posee, que la fuerza consiste en la inteligencia; hijo de una pobre familia, pero marcado con el sello de la aristocracia de los grandes destinos; se alistó á los diez y seis años en las guardias francesas, haciendo por la mitad del haber el servicio de sus camaradas, y empleando lo que este trabajo material le producía, en comprar obras militares y de historia con que pasar las noches instruyéndose, y preparándose á igualar la gloria de tantos ilustres modelos. Enviado á Paris como ayudante de campo del general Leveneur, despues de la defeccion de Dumouriez, fué introducido en la comision de salud pública para manifestarla el estado del ejército. Allí llamó la atencion general por la precision de sus respuestas, por la estension de sus miras y por la elocuencia marcial de su palabra. Esta entrevista, en que los hombres de Estado presintieron el hombre de guerra, le valió el grado de ayudante general. La

defensa de Dunkerque, llamó la atencion de Carnot, y le mereció el grado de general de brigada. Se apoderó del mando como si fuese una herencia. Cuanto mas se le elevaba, mas grande parecia: esta es la perspectiva de los hombres predestinados á la admiracion de la posteridad. Algunas maniobras hábiles, sobre Furnes y sobre Ipres, para enmendar las faltas de Houchard, lo llevaron como por la mano al mando del ejército del Mosela. Hoche, no tenia mas que un defecto, que era el conocimiento de su superioridad, que degeneraba muchas veces en desprecio de sus colegas. La superioridad en todo, le parecia pertenecerle tan exclusivamente, que no podia sufrir que se le disputase. En una revolucion en que la ambicion y el talento podian aspirar á todo, no es fácil saber hasta donde hubiera llegado Hoche, si la muerte no hubiese cortado su carrera.

En la Vendée, los generales enviados continuamente por la comision de salud pública, destruian sus batallones en una guerra civil, que volvia á reproducirse apenas se habia sofocado. Ganaban batallas parciales y perdian la campaña. Esta guerra social, la mas peligrosa de todas las que tuvo que sostener la república, merece un sitio aparte y una relacion no interrumpida. Hablaremos de ella con mas estension, cuando tratemos de aquel momento en que esta guerra fué á la vez mas activa, mas grande y mas desastrosa.

Otros dos focos de insurreccion, Lyon y Tolon, estallaban á un mismo tiempo en el seno de la república, llamando hácia el Mediodía las miradas y la energía desesperada de la Convencion. Vamos á trazar brevemente sus elementos, su fermentacion, su esplosion y modo de apagarla, ora con las armas, ora con los suplicios, doble medio de accion de la comision de salud pública.

XI.

Lyon está situado, como todas las grandes ciudades industriales, en cierto punto preciso de terreno, en que el suelo, el cultivo, los combustibles, el fuego, las aguas y las poblaciones apiñadas alrededor suministran todos los elementos y todos los brazos necesarios para un gran trabajo, y en el cual los valles, las llanuras, los caminos y los ríos se abren, se ramifican y corren para llevar y distribuir sus productos á las provincias y á los mares. La geografía y la industria se comprenden y parece que combinan de acuerdo la situación de estos vastos talleres humanos. Este fenómeno es tan instintivo que se observa también en los animales desprovistos de raciocinio. Los grandes hormigueros y los grandes enjambres de abejas siempre se establecen en la embocadura y en las encrucijadas de los caminos, de las aguas y de los valles.

La posición militar de Lyon guarda la debida proporción con su posición como ciudad mercante.

Una elevada península llamada la *Dombe* se extiende desde Trévoux por un lado y desde Meximieux por el otro, entre dos grandes corrientes de agua, el Ródano y el Saona. Aquella lengua de tierra fértil corre estrechándose siempre hasta una meseta elevada llamada *La Cruz Roja*, que es un arrabal de Lyon: allí la meseta, cortada casi á pico por los dos ríos, se estingue de pronto, descendiendo en cuevas rápidas, seguidas después de una llanura baja y triangular que llega hasta la confluencia de los dos ríos. Esta llanura estrecha y larga es el sitio en donde está fundada la ciudad.

El Ródano, un torrente inmenso mal encajonado por la naturaleza, corre con estrépito por la izquierda de la

población, y va á desembocar en el profundo valle de Viena, de Valence y de Aviñon hasta perderse en el Mediterráneo. Este caudaloso río arrastra con la rapidez de una esclusa las barcas, las almadías, la madera, el hierro, los fardos y los carbones que los bosques, las minas, las fábricas y la navegación confían á su corriente.

A la derecha el Saona, río casi tan ancho, pero un poco menos impetuoso y mas accesible que el Ródano, corre lentamente desde las montañas y valles de la antigua Borgoña, penetra en Lyon por una garganta estrecha, en la que hay todavía algunos islotes, y deslizándose por los muelles de la ciudad bajo las colinas de Fourvières y de Santa Fé que le dominan al Oeste, va á mezclarse sus aguas con las del Ródano en la parte pantanosa de Parrache.

La ciudad, demasiado encerrada entre estos dos ríos, ha roto su primitiva valla, y por decirlo así, se ha desbordado hácia la península situada á la parte del Saona. Su catedral, sus tribunales y sus barrios mas pacíficos están amontonados entre la montaña y el río. Las calles están construidas casi en anfiteatro. Parece que las casas, queriendo trepar por aquella inmensa roca, se han visto obligadas á agarrarse á las faldas de la colina. Infinidad de puentes, unos de piedra, otros de madera, facilitan la comunicación entre los dos cuarteles en que se divide la ciudad.

XII.

Por el lado opuesto, la ciudad está situada sobre una playa elevada ostentando hácia la parte de Levante la estensa y opulenta fachada de los diques de Saint-Clair. Ninguna colina, ninguna ondulación de terreno encajona el Ródano ni intercepta la vista. El río corre allí casi al

nivel de las tierras bajas de Brotteaux. Las vastas llanuras del Delfinado con frecuencia inundadas por los desbordes del Ródano, se extienden á lo lejos y dejan que la vista se esplaye hasta las colinas negras y ondulantes del Bugey á la izquierda; de frente y por la derecha hasta la cima de los Alpes de la Suiza, de la Saboya y de Italia. Las nieves resplandecientes de estas montañas se confunden en el horizonte con las nubes. Entre los diques del Ródano y los del Saona, se extiende la ciudad propiamente dicha, con sus cuarteles populosos, sus plazas, sus calles, sus establecimientos públicos, su casa de ayuntamiento, sus mercados, sus hospitales y sus teatros. Como el espacio es estrecho ha habido precisión de apiñar y amontonado los edificios. En todas partes se ve que la población, los talleres, la actividad, la riqueza y el trabajo han disputado el sitio al aire y á la luz, cosas de inestimable valor en el comercio. Al entrar en la ciudad su aspecto sombrío, austero y monacal, angustia al corazón. Las habitaciones estrechas, las casas altas, la luz opaca, las paredes ahumadas, las puertas bajas, las ventanas guarnecidas de papel untado de aceite para ahorrar los vidrios, obstruidos los almacenes de cajas y de fardos, el movimiento continuo, pero silencioso de las calles, de los diques, de las plazas públicas, las caras recelosas y preocupadas de los habitantes que no pierden el tiempo en conversaciones ociosas, pero que se acercan unos á otros con solo hacerse una señal, separándose en seguida en cuanto se han dicho una palabra al oído sin detener su marcha, la falta de coches de lujo, de caballos y de paseantes en los cuarteles ricos, todo esto anuncia una ciudad seria, preocupada de un solo pensamiento, alma de esta ciudad, del trabajo: este pensamiento es la ganancia.

XIII.

Su población ofrece en sus diferentes rasgos un contraste chocante con la población risueña, lijera y marcial de las grandes ciudades de la Francia. Los hombres son altos, fuertes y corpulentos, pero ágiles y lijeros, porque el pensamiento domina allí á la materia. Las mugeres son de una belleza ideal y casi asiática, y tienen en sus ojos, en su fisonomía y en su porte cierta molicie y cierta languidez que recuerdan la vida inanimada y sedentaria del Oriente. Conócese en la frescura de su semblante que ellas son para los hombres unos objetos de cariño, pero no unos ídolos, ni un objeto esclusivo de placer. Aunque seductoras, obsérvase en ellas aquella decencia grave, que es como la santidad de la hermosura, su mirada es tierna, pero casta, sus pasiones moderadas por la razón, y la población entera ardiente como las del Mediodía, pero juiciosa como las del Norte.

Al lado de la lijereza de la Francia central y de la vivacidad turbulenta de la Francia Meridional, el pueblo de Lyon forma un pueblo aparte: es una colonia lombarda, trasplantada y naturalizada en el suelo francés. Su carácter es análogo á su conformación. Aunque nada tenga que envidiar á las de otros países, ni por la naturaleza, ni por el clima, la inteligencia del pueblo, es allí paciente, lenta y perezosa. La atención esclusiva y uniforme de la población entera hácia un solo objeto, que es el lucro, absorbe en este pueblo los demas sentimientos. Las letras están descuidadas en Lyon, y las ciencias languidecen, porque los oficios ocupan allí el lugar preferente. La pintura florece, y la música, la menos intelectual y la menos sensual de todas las artes, es cultivada con esmero. Este arte conviene á una ciudad, que por las

noches, despues de un día de continuo trabajo, va á comprar en los teatros sus placeres, como compra todo lo demas.

El choque de las ideas y de los sistemas que agita y alborota el mundo intelectual, se amortigua en aquellos muros. Una ciudad semejante, cambia poco sus ideas, porque no tiene tiempo para reflexionarlas. Vive de sus tradiciones, y se trasmite sus costumbres y sus opiniones hereditarias, del mismo modo que sus monedas de oro, sin reconocerlas y sin pesarlas. Esta ciudad es la de la regularidad, del hábito y del orden. Una sábia rutina de costumbres y de vida, es unida á la economía, la virtud que eleva al mas alto grado de estimacion pública. Las grandes luces ofuscan, los grandes talentos inquietan allí, porque destruyen la regla, reina absoluta de las costumbres. Las capacidades superiores sufren el ostracismo de la indiferencia. Asi Lyon se ha dado á conocer con frecuencia como un gran pueblo; rara vez han salido de él grandes hombres.

XIV.

Se concibe que las virtudes de un pueblo semejante, deben participar de su naturaleza. Posee muchas, y entre todas el trabajo, la economía y la probidad. Hastasus virtudes son lucrativas. Es religioso, pero no hasta el fanatismo que supone el entusiasmo. Su clero es numeroso, respetado, obedecido, y ejerce un imperio absoluto sobre las familias, sobre las mugeres, en la educacion de los niños, en la nobleza y en el pueblo. Varios monasterios de todas las órdenes religiosas de hombres y mugeres, cubren sus colinas. Parece que la Italia ha desbordado hasta allí por encima de los Alpes, con sus pompas religiosas y su espíritu clerical. La imaginacion del

pueblo conserva siempre una infatigable avidez de imágenes milagrosas, de estátuas animadas, de capillas privilegiadas, de peregrinaciones, de predicciones, de apariciones y de prodigios. Lyon se acuerda de haber sido la primera colonia del cristianismo en las Galias. Los sepulcros de sus santos y de sus mártires, sus catacumbas, sus iglesias romanas y catedral gótica de San Juan, todo recuerda la Roma de los galos. Todo atestigua en el aspecto exterior de la ciudad y en los ritos de su piadoso pueblo, que el catolicismo estaba profundamente incrustado en su alma, del mismo modo que en su suelo, y que para estirparlo era necesario esterminar toda la ciudad.

XV.

Lyon forma dos ciudades distintas, y contiene en la apariencia dos pueblos: la ciudad comerciante que se estiende desde las alturas de la Cruz Roja, hasta la plaza de Bellecour, y que tiene por centro la plaza de Terreaux: la de la aristocracia, de los capitalistas y comerciantes retirados ya del tráfico, por haberse enriquecido, se estiende alrededor de la plaza de Bellecour y por los cuarteles opulentos de Perrache. Allí está el trabajo, aquí el placer; allí la clase media, aquí la aristocracia. Pero á escepcion de un corto número de familias militares y feudales, esta aristocracia bursatil, difiere poco de la clase media de donde procede. Cierto es que no trabaja ya materialmente; pero pone sus capitales y está á la mira de sus intereses en las fábricas y demas comercios de la ciudad manufacturera. Los fabricantes son unos arrendatarios industriales de estos ricos pretores. La ciudad es esencialmente plebeya. La clase media, innumerable, rica, sin fausto, hija del pueblo de donde está saliendo continuamente, y que volviendo á él sin aver-

gonzarse por el trabajo de sus manos, recuerda aquellos gremios de artes y oficios de *seda* y de la *lana* de la república mercantil en Florencia, cuya historia cuenta Maquiavelo y que honrándose de su industria y llevando por bandera los útiles del lagarero y del tejedor, formaban facciones en el Estado y castas en la democracia. Tal era entonces, y tal es en el día Lyon. En un lugar inferior al que ocupa esta clase media que puede llamarse universal, se agita una población de doscientos mil obreros, que habitan la ciudad, los arrabales y las pequeñas poblaciones del territorio liones. Esta población se ocupa en los diferentes oficios de la industria, y sobre todo en la preparación de la seda.

Este pueblo de trabajadores, no está acumulado como sucede en otras poblaciones, en inmensos talleres comunes, en donde el hombre tratado como un rodaje mecánico se envilece entre la multitud, se pervierte por el contacto y se gasta por el roce continuo con los otros hombres. Cada taller en Lyon se reduce á una familia compuesta del marido, de la muger y de los hijos. Esta familia va cada semana á proveerse de obra, de seda y de muestras. Los obreros llevan á sus casas las primeras materias, las urden allí mismo, y reciben cuando se las entregan á los fabricantes el precio convenido para cada pieza de seda manufacturada. Este género de fabricación, conservando al obrero su individualidad, su aislamiento, su hogar doméstico, sus costumbres y su religión, es mil veces menos á propósito para seducir y corromper al pueblo, que esos ejércitos de máquinas vivientes, disciplinados para las demás industrias, en talleres comunes, en donde una chispa produce la explosión y el incendio. Este trabajo por piezas, establece además entre la clase media y el pueblo, relaciones continuas y una mútua solidaridad de beneficios ó de pérdidas, cosas las más propias para unir las dos clases, por una comunidad de costumbres y de intereses. Las ciudades de las montañas del

Forez, Saint-Etienne, Rive-de-Giers, Viena, Montbrison, Saint-Chamon, son otras tantas colonias ocupadas por los mismos industriales, regidas por las mismas costumbres y animadas por el mismo espíritu. Esta población de la misma raza, agrupada ó diseminada, que cuenta cerca de quinientas mil almas, es esencialmente activa como el trabajo, moral como la religión, sedentaria como la costumbre, económica como la ganancia y conservadora como la propiedad. Toda conmoción la inquieta. Las fiestas ó el trabajo, la pérdida ó el beneficio, son la única política y el solo gobierno en que piensa este pueblo.

XVI.

Se comprende que una población semejante, es más bien republicana que monárquica, porque su constitución social, es en el fondo una república de intereses y una democracia de costumbres. Estraña á las cortes, desdenosa con la nobleza, la caída de aquellas altas capacidades del Estado, era más propia para lisonjear su espíritu plebeyo, que para alligirla. En todas partes el trabajo es republicano, y la ociosidad monárquica. Así, aunque la ciudad de Lyon fijase menos su atención que cualquiera otra en Francia, en el movimiento y en la inteligencia de la filosofía social que preparaba la revolución, los primeros síntomas de decadencia de la monarquía y de soberanía popular regocijaron á la clase media. No vió en esto, sino el abatimiento de sus patricios y la restauración de su gobierno municipal. Por espacio de muchos siglos, su municipalidad y sus obispos habían sido su gobierno, como en los restos de las ciudades romanas que se habían conservado á través de la edad media. Los Estados generales, la resurrección de la Asamblea nacional, la humillación de la corte, la igualdad de los or-